

GOSTUMBRES.

Mi segundo amigo.

Tengo un amigo que pienso regalar al que se encuentre sin un mueble tan indispensable para pasar con menos dolor las miserias de esta vida. Nadie puede vivir sin un fiel amigo á quien comunicar sus pensamientos, consultarle en sus dudas, alegrarse en la prosperidad y consolarse en la desgracia. Pero tengo para mí, que anduvo muy acertado el que aconsejó que este amigo nos lo eligiésemos cada cual; porque no hay carga mas pesada ni trabajo mas insostenible que el hallarse uno de improviso comprometido con la amistad ó compañía de un sugeto á quien no eligió. Existe un no sé qué, cierta simpatía oculta entre los hombres que comunicándose por medio de los ojos, por las facciones del rostro, por los ademanes mas insignificantes, nos arrastra irresistiblemente á estimar á uno sobre los demas, y desde aquel momento nuestro corazon le jura amor, le elige por amigo. ¿Qué de goces no proporciona la amistad conce-

bida de estos principios! Hay tambien en ella sus ilusiones como en el amor, que si no tan vivas, son al menos tan dulces, y sobre todo mas sólidas y durables.

Yo tengo un amigo que lo es del modo que acabo de decir; pero como en este mundo no hay gozo completo que no venga mezclado al mismo tiempo con un tantico de acibar, se ha dignado el cielo enviarme otro segundo que no le llamaré amigo, sino compañero, porque jamas se aparta de mi lado, á todas partes me sigue, y es para mí lo que el satélite para su planeta. Cuando nos ven juntos, que sucede siempre que salgo de casa, todos se hacen lenguas en nuestro elogio, y esprimen la quinta esencia de su ingenio para espresarse: unos dicen; "he ahí el modelo, el fenix de la amistad;" otros, "allá van Niso y Eurialo;" ó refiriéndose á uno de los dos, "es un fiel Acates," esclaman: tal vez subiéndolo de punto el estilo nos comparan á los Amantes de Teruel; y no falta quien lo humilla hasta el extremo de repetir el consabido refran. "la soza tras el caldero," y estos lo aciertan, vive Dios, porque á fé de amigo no hay entre nosotros mayor simpatía. No es decir con esto que le aborrezca, pues protesto ante todas cosas que no tengo odio á ningun hombre: estimo á todos en general y los respeto al mismo tiempo, y en esto consiste el purto de la dificultad en orden al amigo de quien voy

hablando que no me atrevo á darle un desaire que me emancipe de su compañía, porque soy muy vergonzoso, y me afligiria en extremo el sentimiento que semejante porte le habia de causar; por cuyas razones he adoptado el medio de presentar al público este cuadro de costumbres para que no se sepa, y mi buen hombre entienda la indirecta.

Como voy diciendo de mi amigo, tiene todas las propiedades que le constituyen tal; franqueza de caracter, candor de corazon, fidelidad, constancia mas de la que yo quisiera, tal sencillez que raya en simpleza, tal adhesion á su amigo que va pegado á él hasta causarle fastidio. Estas últimas circunstancias son las que hacen á mi compañero el hombre mas carcoma de cuantos se conocen; y si no fuera yo, no sé que hubiera en el mundo quien fuera capaz de tolerarle; porque un hombre tonto y no poder sacudirlo de encima es una carga mas que pesada.

Como consecuencia precisa de la tontería, es mi amigo todavía mas imprudente. Sobre que no habla palabra que no sea una vaciedad, su conversacion es siempre en voz tan alta, que cuantos pasan á nuestro lado, sea en la plaza ó en paseo, pueden oír perfectamente cuanto dice, que si para él es una satisfaccion, para mí solo es motivo de inquietud y congoja. Si por desgracia llego á encontrarme con algun personage á quien debo comu-

nicar asuntos particulares y de secreto, no sirve allí hacer señas á mi compañero para que se retire ni mostrarle el gesto torcido para que advierta el disgusto que me causa su presencia en aquel caso; nada comprende; es preciso tratar brevemente y en lenguaje oscuro lo que interesa; mas no hemos hablado cuatro palabras, cuando hé aquí mi amigo se introduce en la conversacion, dice mil despropósitos sin hacerse cargo ni comprender lo que se trata, el caballero que digo se queda atónito como quien vé visiones, yo aboehornado nada veo de colera, me dan trasudores de muerte; y por último me despido citándole para otra hora en que no sé si podremos estar solos: mi constante amigo me sigue obsequioso como si tal cosa; le digo que me siento malo y que me voy á retirar á casa, él se brinda con la mejor voluntad para acompañarme, y yo que estoy temiendo no me acabe de matar agradezco sus buenos deseos y me marcho renegando de mi estrella.

Como por desgracia soy algo enamorado, aquí de mi virtud para aquellos lances en que uno embebido de las gratas ilusiones de amor se ausenta de este suelo, en que el espíritu divinizado no ve ni piensa en cosa terrena; ¡que, en estos casos me halle de repente sorprendido por mi importuno y materialísimo amigo, que en un momento se desvanecan mis ilusiones, que á aquellos raptos del co-

razon suceda la frialdad, el hastio y el abatimiento, confieso que no hay consuelo para tanto. Dicen que los enamorados buscan la soledad: tambien yo la busco, pero no puedo dar con ella: aunque me retirase á los mas ocultos rincones de la tierra, allí me persiguiera, y allí me encontrara mi amigo. El amor lo comparo yo á una cajita ó botecillo de ricas esencias que cuanto mas cerrado está se mantienen mas puros los olores; pero si la abris á menudo, se desvirtúan y llegan á perder toda su fragancia. Asi las ilusiones de amor en llegando á comunicarse, dejan de ser ilusiones y no queda mas que la triste y fria realidad. No sé si mi amigo habrá notado mis amores, porque, como dejo dicho, es un simple de primera clase; pero maldita la gracia que me hace su compañía cuando he de pasear la calle y ver á la señora de mis pensamientos. ¡Qué de angustias no padezco con el temor de aparecer despreciable á sus ojos viéndome acompañado de un hombre de tal naturaleza! ¡Ah! si cuando ella pasó por mi lado oyó algun disparate de boca de mi amigo, ¿qué juicio formaría de mí! No: es sencilla como la tórtola, y la turbacion que notara en mi semblante la atribuyó al maravilloso efecto que debieron causarme sus divinos ojos. Mas bien sabe Dios que los trasudores que yo padece no fueron producidos por el amor sino por la vergüenza.

Tal es mi desgraciada suerte, que ó no hay mas remedio que resignarse á ella y llevar con paciencia la cruz de mi importuno amigo, ó cerrarme para siempre en casa y no salir sino de noche: ni en este caso estaré seguro, pues será preciso dar orden que le digan que me he ausentado: quizá por este medio podré hacer algo sin su noticia, pues estoy persuadido que á ninguna parte irá él si sabe que allí no me encuentro. Aun por eso he principiado á ensayar esta sutileza, escarmentado de haberme visto en los apuros que ahora diré. Salia yo á paseo con mi amigo verdadero una de aquellas tardes tan hermosas, dias pasados antes de estos todos; no son tan deliciosas las de Mayo; todo convidaba á gozar, el concurso era numeroso y escogido, y segun me auguraba el corazon, se hallaba tambien en él aquella por quien suspira. No habiamos andado unos pasos fuera de los muros, cuando á lo lejos se divisara el terrible fantasma que siempre se interpone á mis placeres: era el fatal amigo, acibar de todos mis gustos. ¿Qué hacemos? dije á mi primer amigo. = Volvámosenos á casa, me contesto. = Hombre, ¿y perdemos una tarde tan preciosa? = No hay mas remedio sino hacer lo que digo, ó ir toda la tarde fastidiados. Héteme aqui luchando entre el deseo de pasear y el de evitar una compañía tan enfadosa. Pero la fortuna se mostró propicia, pues observé que el amigo carcoma iba acompañado de un sugeto que

parecía de caracter. ¡Albricias, albricias! dije al verdadero amigo, que por fin podemos pasear sin miedo de que se nos reuna nuestro hombre, pues va muy ocupado con uno á quien parece mirar con respeto:: Aquella tarde pudimos aprovecharla sin la importunidad de otras veces: y quiera Dios que me vea para siempre libre de tan pesada cruz cuyo bien les deseo á todos los que estimo de corazón.

V. V.

BIOGRAFIA.

Juan y Diego Morlanes, escultores.

No se crea que solo damos cabida en nuestro periódico á las vidas de aquellos hombres que por la grandeza de su espíritu y escelencia de ingenios se distinguieron en la república, política y literaria: tambien merecen nuestro aprecio y ocuparán un lugar principal los que con mágicos pinceles y vivificante cincel embellecieron el mundo artístico: con especialidad aquellos cuyas obras se ofrecen diariamente á la vista escitando nuestra admiracion y placer. Los célebres escultores de quienes vamos á hablar han llamado primeramente nuestra atencion, ya por-

que los dos hermosos monumentos que de sus manos se conservan en esta augusta ciudad son de las obras mas antiguas de escultura y talla que en ella se ven, ya tambien por su mérito artístico justamente elogiado de los inteligentes.

La descripcion que de estos monumentos hagamos suplirá en parte las pocas noticias que tenemos de sus autores, cuyas acciones privadas no debe pesarnos mucho el ignorar, puesto que las obras que con tanto primor salieron de sus manos, y que podemos admirar á todas horas forman el mayor elogio y las mas bellas páginas de sus vidas. Juntamente nos mostrará la magnificencia y piedad de los Reyes Católicos y de su ilustre descendencia, y contribuirá asi mismo á rectificar varias inexactitudes que hemos notado tocante al primero de estos monumentos, que es la portada del monasterio de Santa Eulgracia, en algunas descripciones que de ella se han hecho. Entre otras recordamos haber leído en el *Corresponsal*, periódico de la corte, una pintura en la que si bien su autor manifiesta un vivo celo por la conservacion de monumento tan precioso, comete algunos descuidos que sin duda provinieron ó de seguir ciegamente á los autores que de el tratan, ó de no haberlo consultado por sí mismo. Despues de una sucinta historia de la fundacion del monasterio, principia la descripcion de la portada, atribuyendo su obra á un famoso escultor llamado Tormente,

(*) siendo así que fue ejecutada por los célebres Morlanes, y sobre todo usa del pretérito imperfecto, como si hablara de cosa que existía en otro tiempo, lo que oscurece y confunde sin duda la idea exacta que debe darse; de manera que terminada la lectura no sabemos qué es lo que realmente se conserva en el día de esta suntuosa portada.

El magnífico monasterio de Sta. Engracia de Zaragoza fue fundado por D. Fernando el católico conforme á la orden que había recibido de su difunto padre D. Juan II y en cumplimiento del voto que éste hizo á la santa titular en ocasió de haber logrado un favor que piadosamente creyó debía á su poderosa intercesión. Dióse principio á la obra el año 1493. Entonces fué cuando Juan Morlanes deseoso quizá de acreditarse en su arte puesto que se le ofrecía un glorioso campo donde ejercitarle, vino á establecerse á Zaragoza, pues al parecer era nativo de Vizcaya, según el sobrenombre que le daban de *el vizcaíno*. Fue uno de los escultores más famosos de su tiempo, y causa en verdad admiración el estado de esplendor á que supo llevar la escultura en una época de niñez para las artes.

(*) *Esto creemos sea errata, pues tal vez quiso decir Formentó ó Forment escultor valenciano, á quien pensamos consagrar otro artículo.*

Estudió y siguió las maneras de Alberto Dürero en los caracteres de las figuras y en el pliegue de los paños, estilo recibido en España entre los mejores artistas á principios del siglo XVI.

Entre las ruinas á que la invasión francesa redujo el mencionado monasterio en el último sitio que sufrió Zaragoza, se eleva la preciosa portada de alabastro, único resto que pudo escapar el bárbaro furor de los sitiadores. La ejecución de esta bella escultura y talla fue encomendada á Juan Morlanes, no obstante la repugnancia que halló de parte de los que rodeaban á Fernando el católico; mas su reputación venció todos los obstáculos. Aun después de haberla hecho le han querido privar de esta gloria los historiadores Ainsa, Murillo y Marton atribuyéndola al valenciano Forment; pero consta ser obra de Morlanes por un memorial que los profesores de escultura presentaron en córtes de Aragón del siglo XVII pidiendo los mismos privilegios que gozaban los pintores; y además de afirmarlo el pintor Josepe Martínez se convence también nuestro aserto si se compara el estilo y gusto de escultura y adorno de esta portada con la del altar mayor de la catedral del Pilar que fue labrado por Forment.

La portada de que tratamos sirvió de entrada á la iglesia superior del monasterio y á la subterránea de los Mártires, y todavía tiene el mismo uso para esta últi-

ma, bien que es preciso antes de bajar á ella pasar por la primera que solo conserva las paredes descarnadas, y cuyo aspecto imponente temple á pesar nuestro el placer que nos causáran las bellezas artísticas que dejamos atrás, que parece solo sirven á ocultar la deformidad interior. La materia de esta portada es alabastro finísimo y terso cuya blancura con el transcurso del tiempo se vé cubierta de un paño amarillento. Es de grandes dimensiones, y su forma á manera de retablo de riquísima escultura y talla; por lo que se refiere que cuando Felipe IV fue á visitar la iglesia paróse admirado y dijo que se habian dejado el altar mayor á la puerta. Un zócalo de mármol negro, que parece ser obra posterior, sostiene toda la portada, la cual está formada de tres cuerpos cuyo orden y ornato arquitectónico es el compuesto. El primero comprende un arco esférico que sirve de entrada la que antiguamente hacia doble una columna que sostenía en su cornisa la estatua de Santa Engracia, y ambas por su buen gusto y esquisita labor fueron trasladadas, según se cree, por Felipe II al monasterio del Escorial. Las pilastras de este arco están decoradas con ricas molduras y cuatro nichos ó capillas, dos á cada lado, que rematan, así como todas las de la portada, en forma de concha. Las estatuas que ocupaban estas capillitas y cuya altura sería como de cinco palmos, ya no existen, y se supone haber sido arrebatadas. No sabemos

en que puede fundarse el citado autor del artículo del *Corresponsal* para decir que habia en dichas pilastras dos órdenes ó sea ocho capillitas; sin duda consultaría la historia del P. Marton, el cual en la portada de su libro que es la misma de que tratamos nos presenta igualmente ocho cuando solo son cuatro, ni aparece señal alguna de que haya habido mas número. Desde los puntos donde arranca el arco vuelan dos filas de serafines de bellisimas formas que le dan una magestad y gallardia admirable. En los huecos que aquel forma con los ángulos campean dos escudos de armas reales de finísimo resalte que por la delicadeza del cincel es tal vez lo mas acabado de toda la obra. Cuatro graciosas columnas torneadas con airosos jarroncillos y varias molduras abrazan el espresado arco, y en los intercolumnios se ven unos nichos que ocuparon las estatuas de los cuatro doctores de la iglesia, algo menores del tamaño natural: en el dia faltan tres, y solo se conserva la de S. Gerónimo en el nicho superior de la derecha. Lucen además sobre las cúpulas de estos nichos cuatro medallones que contienen de bajo relieve, los de la parte inferior las cabezas de Numa Pompilio y Marco Antonio; y las superiores aunque parecen tambien de héroes romanos, no puede asegurarse cuales de estos representan, pues no se advierte ningún rótulo que lo declare. Un bello cornisamento corona este primer cuerpo y sirve al mismo tiempo de fundamento para el

segundo.

Mas aquí es preciso suspender el hilo de nuestra descripción, puesto que habiendo fallecido el año 1504 la Reina Católica y pasado D. Fernando á Nápoles, donde residió algun tiempo; estuvo paralizada la obra quince años, en cuyo intermedio murió nuestro profesor Juan Morlanes. Ninguno mas á propósito para proseguirla que su hijo Diego que en la escuela paterna bebió las primeras lecciones de escultura, y todavía se le aventajó por los adelantos que hacian las artes y el trato que tuvo con los primeros artistas de su siglo. Vivió en Zaragoza como caballero con la mayor ostentacion y fué muy caritativo para con los pobres. Cultivó la amistad del célebre Becerra el cual al pasar por Zaragoza de regreso de Italia se hospedó en casa de Morlanes de quien fue obsequiado con galanteria; y Becerra á fuer de agradecido le regaló dibujos de su mano y una lápida de alabastro que representa la resurreccion de los muertos.

Encargado pues Morlanes el menor de la prosecucion de la portada, dió principio al segundo cuerpo que comprende un nicho de bastante latitud, el cual cobija una imagen de la Virgen con el niño en los brazos, en actitud de ser coronada por dos ángeles, y á sus pies las estatuas de los Reyes Católicos arrodillados en acto de adoracion. Dos preciosas pilastras apoyan este nicho, á cuyos costados

se forman otros dos algo mas reducidos, figurándose en el de la derecha S. Gerónimo y á su lado D. Fernando; y en la izquierda Santa Paula que tiene junto á sí á D.^a Isabel. En puntos que sobresalen algun tanto del cornisamento, ó sea sobre las cornisas de las estatuas del primer cuerpo descansan cuatro pedestales, y sobre ellos otras tantas estatuas algo menores del natural, las cuales representan á S. Lupercio y S. Lamberto, y las de los extremos figuran dos reyes de armas.

El tercer cuerpo tiene tambien por base un cornisamento algo mas sencillo que sirve de sosten á dos lindas pilastras que encierran un solo nicho y en él un crucifijo con la Virgen y S. Juan; pero estas dos estatuas estan mutiladas por mitad. Unos hermosos follages abrazan este nicho, el cual y toda la portada corona un alado serafin.

El precioso monumento que acabamos de describir, y cuyo coste segun Marton, ascendió tan solo á ochocientas ochenta libras jaquesas; está adornado de un soberbio pórtico de fábrica de ladrillo, el cual le sirve tambien de resguardo cubriéndolo con un arco esférico, cuya concavidad se ve decorada con simétricos rosetones de alabastro. Este pórtico es muy posterior á la portada.

Morlanes el menor ejecutó otras obras dignas de su reputacion: hizo el diseño de la iglesia de los jesuitas de Zaragoza, para cuya fabrica dió

tres mil ducados de limosna. Pero el monumento que mas le honra, el segundo de los dos que hemos indicado al principio, es el retablo y sepulcros de alabastro de la capilla de S. Bernardo que trabajó por mandado del arzobispo D. Fernando de Aragon nieto del Rey Católico, y que todavía vemos en la catedral de la Seo, aunque con mucho trabajo por la lobreguez de la capilla. El órden y ornato arquitectónico es el compuesto. El retablo contiene las figuras de S. Bernardo y la Virgen que de mediano tamaño, y en los intercolumnios las historias del nacimiento del Señor, de la Circuncision, Presentacion en el templo y disputar con los doctores; contiene igualmente la degollacion de los inocentes, algunas estatuas, medallas y el escudo de armas. Al lado del Evangelio se vé el sepulcro del arzobispo D. Fernando, cuya bulto está tendido sobre la urna, adornada con graciosas labores y muchas figuras alegóricas de virtudes; hay cuatro columnas á los lados y algunas estatuas de santos. En lo alto está la lápida de Becerra, las figuras de S. Vicente Martir y S. Valero de medio relieve y el escudo de armas. El otro sepulcro de enfrente es de doña Ana Gurra, madre del fundador, y contiene la urna y estatua de esta señora, la sacra familia y otras imagenes y labores del mismo gusto. Como el arzobispo deseaba verlo todo concluido en sus dias, Merlanes no pudo trabajarlo

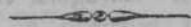
solo, por lo que se nota alguna desigualdad en el mérito de las figuras que labraron sus discípulos.

Sentimos no poder dar mas noticias de estos dos célebres escultores no obstante las investigaciones que hemos hecho sobre el particular: mas lo dicho acerca de los dos monumentos que acabamos de describir nos parece ser suficiente para inmortalizar sus nombres.

V. V.

CONCLUSION

del artículo de física inserto en nuestro último número.



Dijimos en nuestro artículo que los señores Redactores de la Biblioteca manifestaban tener miedo de asegurar que el relámpago el trueno y el rayo eran fenómenos puramente eléctricos, porque despues de asegurar por su parte que el trueno era producido por el choque violento de vientos contrarios, y que el rayo era una materia inflamada añaden que *segun Franklin*, estos fenómenos tienen *analogía* con la electricidad. Es mucha la diferencia que hay de decir, escuchados con la opinion de un físico, que hay *analogía* entre los fenó-

menos electricos y el rayo á asegurar que es este efectivamente el efecto de aquellos. Nos pide el señor E. C. de F. que demos una esplicacion de estos fenómenos distinta de la suya y vamos á satisfacer su exigencia para probarle que se halla muy poco versado en el conocimiento de los progresos que han hecho las ciencias de pocos años á esta parte.

En los dias calurosos del estío en los que se efectua una evaporacion rápida y constante, cada molécula de vapor que se eleva en la atmósfera es un conductor de electricidad; reunidos los vapores en nubes cada una de estas es una inmensa máquina eléctrica cargada y aislada puesto que el aire es mal conductor del fluido eléctrico. Despojados entonces los cuerpos terrestres de una parte de su electricidad, deben ejercer sobre la de las nubes una atraccion proporcionada á la cantidad que han perdido. Entonces es cuando principia entre las dos electricidades positiva y negativa una lucha en la que tienden á equilibrarse. Si una nube encuentra en su paso otra cargada con igual electricidad, ambas se repelen; si por el contrario vienen á chocar dos nubes, cuya electricidad es respectivamente contraria, se desprende entre ambas una chispa cuya luz es el relámpago, y cuya detonacion es el trueno. Si en vez de desprenderse la chispa entre dos nubes lo hace entre algun cuerpo terrestre y

la nube cargada de electricidad, entonces se perciben los fenómenos del rayo que no es otra cosa que una corriente mas ó menos escesiva de electricidad. Los seres vivos que tienen la desgracia de sufrir la conmocion que excita en sus órganos el sacudimiento de la chispa, ó bien perecen en el momento, ó bien padecen alteraciones mas ó menos violentas segun sea la intensidad de la chispa. Sucede á veces que los paralíticos curan, y los que no lo son quedan paralíticos, acaece lo mismo con los sordos y los que padecen enfermedades nerviosas.

En cuanto á no ser el rayo otra cosa que una corriente eléctrica nadie lo duda, pero en cuanto al ruido del trueno hay algunas opiniones que quizá no carecen de fundamento. Monge atribuye el trueno á la detonacion producida por una porcion de aire que se precipita en el vacío formado por la repentina condensacion de una cantidad del vapor que se halla en la atmósfera. En apoyo de esta opinion viene la observacion de que á cada trueno sigue inmediatamente la formacion de una nube. Otros esplican el fenómeno de otro modo; no pueden creer que esa inmensa cantidad de agua que se derrama en las tardes tempestuosas sobre la superficie terrestre estuviera en estado de vapor en la atmósfera; de aqui deducen que poniendo la chispa eléctrica en combinacion el oxígeno con el hidrógeno que existe en las regiones atmosféricas se produce esa considerable cantidad de agua que se derrama á tor-

rentes especialmente despues del ruido de un trueno que en este caso no es otra cosa que la detonacion del hidrógeno que al efectuar su combinacion con el oxígeno se halla en contacto con el aire atmosférico. Esta es tal vez la mas fundada de las opiuiiones.

Solo nos queda que decir que si los Sres. Redactores de la Biblioteca contestan, lo hagan sin llamar mentiras á nuestros asertos como lo hemos visto en una nota de su número 9 en que dicen que nuestras pruebas no son mas que *mentiras* que demuestran nuestra impolítica. Hasta de ahora no han sabido rebatir nuestras razones de otro modo que llenándonos de denuestos é insultos á que los ha reducido el extremo de no poder contestar.

LA MONJA CRIMINAL.

Tradicion. (1)

Nil inaltum remanebit.

Eranse ha tiempo dos hombres,
Que aunque no de la nobleza,
Llevaban con altiveza

(1) Habíamos oido [preferir este acotamiento de varios modos; y no habíamos pasado á darle entero crédito; pero habiendolo visto consignado en el Panorama, Periódico de Madrid, nos hemos decidida á trovarlo. = Los que esten mas enterados que nosotros en este asunto le daran el nombre que gusten; tradicion, leyenda, conseja, fábula, cuento &c. &c.

Y sin afrenta sus nombres.

Ambos buenos caballeros,
Y ambos nobles y valientes,
Pasaban entre las gentes
Por amigos verdaderos.

Verdad es su amistad
con finezas fue ganada,
pero tambien fue pagada
con gran prodigalidad.

Debe la vida á Genaro
su amigo Luis de Buendía,
y donde hay noble hidalguía
se aprecia favor tan raro.

A bien que Luis no olvidó
tan señalado servicio,
y un profundo precipicio
por él Genaro evitó.

Que es joven estepreciado
en la ciudad de discreto,
y por serlo tuvo un reto
con un audaz deslenguado.

Tal vez perecido hubiera
á manos de su enemigo,
si Luis, del lance testigo,
pronto en él no interviniera,

Se amaban con tal porfía,
con tanta aficion los dos,
que solo pudiera Dios
querer mejor á María.

Los dos la universidad
de Salamanca cursaban,
pero los dos discrepaban
en gustos, no en amistad.

Era intrépido el primero,
como tal atolondrado,
y menos apasionado
al digesto que al acero.

El segundo pretendia
seutarse al lado de Apolo,
asi que pensaba solo
en Melpómene y Talía.

Y mientras aquel se estasiaba

de Roma con las historias,
este cantaba las glorias
de Cupido y de su aljaba.

Deslizábanse los años
de tan simpáticos seres,
mirando entre sus placeres
del mundo los desengaños.

Marchóse Genaro un día
del Tormes por la ribera,
sin que su amigo pudiera
salir en su compañía.

Iba lento y pensativo
la verde yerba pisando,
y la corriente mirando
de un arroyo fugitivo.

"Así, dijo, de la vida
pasa nuestro plazo breve;
así pasar también debe
mi edad mas bella y florida.

Un solo instante vivimos:
solo un soplo nos destruye,
y el tiempo mas veloz huye,
cuanto ansiosos le seguimos.

¡Triste y cierta realidad!
mas pues la vida es tan corta,
buscar en la lid importa
la eterna inmortalidad."

Dijo el mancebo; calló,
y con profunda amargura
metióse por la espesura,
y al punto desapareció.

II.

En un gran salon se hallaba
confuso y desfallido
un hombre que meditaba
y en la mesa se apoyaba
con ademán dolorido.

Ayes tristes despedía
cual si encontrára consuelo
con ellos en su agonía:
y blasfemo dirigía

sus maldiciones al cielo,

Lloraba infeliz la ausencia
de la prenda que adoraba;
culpaba á Dios de inclemencia,
y su mísera impotencia
á Dios maldecir osaba.

¡Que es triste asaz meditar
en el bien que se ha perdido;
y es aun mas triste el amar,
para despues suspirar
por el bien que se ha tenido!

El joven Luis de Buendia
no amaba las hermosuras
que á su orilla el Tormes cria.
¡feliz él que no sufría
de un amor las amarguras!

¡Feliz, pues nunca probó
de una hermosa los rigores!
feliz él, pues resistió
los dardos que le lanzó
la diosa de sus amores.

Pero ¡ah! que el hombre á la tierra
para sufrir fue lanzado,
y siempre en continua guerra
crudos martirios encierra
en su pecho destrozado.

Por eso el mortal que no ama
por otra pasión suspira,
pasión que también le inflama,
Si acaso pasión se llama
lo que una bella no inspira.

Por eso Luis delirante
por su amigo en vano llora:
que entre el amigo y la amante
el amigo va delante
donde Cupido no mora.

Huyóse de la ciudad
con gran reserva Genaro;
que á sus bríos y su edad
consejo ni autoridad
ni estorbo son, ni reparo.

Y esto á Luis acongojaba

y esto lloraba y sentia;
que el lance que le aquejaba
en mucho menoscababa
la amistad que le nutria.

En vano á todos contó
su tristura y su lamento,
en vano les requirió,
que siempre un funesto no
vino á acrecer su tormento.

Pasó un dia y otro dia,
pasó un mes y un año entero,
y ni el ausente volvía,
ni el otro saber podía
su ruta ó su paradero.

No faltó quien propalára
que iracundo y despechado
con una hermosura rara
sepulcro un dia encontrára
en el Tormes el cuitado.

Y á sus nietos argüian
las viejas con lance tal;
y adoctrinarles querian,
*porque de amor, les decian,
la herida es siempre mortal.*

Pasaron los necios cuentos,
y un año entero pasó:
acalló Luis sus lamentos
y con vagos pensamientos
á Zaragoza partió.

III.

Alli por fin se distrajo
de su pena y su dolor,
y el tiempo mas que el discurso
su desventura templó.
Tornó despues á sus versos,
tornó á la contemplacion.
Y el pesar que le oprimiera
se huyó con paso veloz.
Hoy Erato y Melpoméne
y las estrellas y el sol
ocupan su entendimiento

con preferible atencion;
Sin que por eso se olvide,
á fuer de fino amador,
del ser que mas adoraba,
del amigo que perdió.
A veces en la floresta
buscaba delectacion;
que es muy dulce oír los trinos
del amante ruiseñor,
y las aguas que murmuran,
y que con májico son
atraen al pintado pájaro
y al insecto volador.
A veces junto á un arroyo
en honda meditacion
el ocaso contemplaba
del ya moribundo sol,
y el vago y tibio reflejo
que con debil resplandor
forma la luna en las aguas
celosa del sol que huyó.
Parado un día miraba
el magestuoso arrebol,
cuando llegó á percibir
lejano un sordo rumor.
El puente pasó que al Ebro
don Alfonso el Sabio echó,
y al arrahal comunica
con la heróica poblacion.
Siguió la bulla y el ruido,
y al Coso por fin llegó
donde cubiertos de polvo,
el semblante sin color,
muchos guerreros habia,
formados en escuadron.
Lucía el dorado casco
al incierto resplandor
del vespertino crepúsculo
y del dudoso arrebol.
Y todos puestos en fila
marcharon de dos en dos,
los lanzones en la cuja,

y en ademan lidiador.
 Dispersáronse en las sombras,
 y galopando el frison
 por calles y callejuelas
 fueron con paso veloz.
 Contemplaba el joven Luis
 con silencio admirador
 el traje y marcial alarde
 de aquel lucido escuadron;
 cuando súbito encontróse,
 no sin recelo y temor,
 con un capitán bizarro,
 que brusco le preguntó:
 --¿Me conoces? -- Y dudando,
 díjole Luis.-- No por Dios.--
 -- ¿Tan pronto á Genaro olvidas? --
 -- ¿Sería cierto? ¿Es tu voz?
 -- ¡La de tu amigo!-- Qué gozo--
 --¿Podrías dudarlo? -- No:--

Tiernas lágrimas vertieron,
 abrazáronse los dos;
 y entre dudas y alegría
 y placer y confusion
 á casa de Luis llegaron
 do Genaro se hospedó.

IV.

Los relo de Zaragoza
 marcaban las doce un día,
 á sazón que discurría
 las calles un oficial.
 Confuso y desacertado
 el buen militar andaba,
 y el paso luego apretaba
 con intencion desigual.
 Colegirse bien podía
 que ya amaba, aunque muy mozo,
 pues no es tan preciso el bozo
 para amar á una muger.
 Basta tener corazón
 y una alma grande y sensible,

que á tenerla es imposible
 luchar consigo y vencer.

Teníala así Genaro,
 y no es extraño que amara,
 y riera ó sollozara
 de alegría ó de pesar.
 Ello fue que á su querida
 la misma mañana dijo
 que en su intento estaba fijo
 de conducirla al altar.

Este paso tan osado
 confuso asaz le traía...
 y harto motivo tenía
 para tan gran confusion.
 Cuando estaba mas absorto
 una voz oyó lejana.
 salida de una ventana
 que el miró sin atencion.

Seguia su marcha, pues,
 sin hacer del lance caso.
 mas no bien diera otro paso
 volvió aquella voz á oír.
 Paróse y en cuenta vino
 que á el la voz se dirigía:
 se acercó á la celosía
 y esto pudo percibir.

= Galante sois por demas,
 y de apuesto y noble talle:
 no cruceis pues esta calle,
 sin jurar lo que os diré.
 A las doce de esta noche
 estad aqui y hablarémos:
 confio en que nos veremos:
 cuidad que os esperaré.==
 =Bella por demas sois vos,
 y aunque ese rostro no veo
 no he de engañarme, si creo
 que esclavo me ha dedejar.
 A las doce de esta noche
 tendré yo el placer de hablaros:
 no olvideis el asomaros.
 Adios bella y no faltar.

=Tomad; cual pequeña prueba del afecto que os profeso.

=Brillante es, y con exceso vuestra sortija. =Id con Dios.

Y súbita huyó la monja confuso al joven dejando, quien quedóse recordando las palabras de las dos.

V.

=Tiempo era de abrir, señora, la fementida ventana.

Ya va á llegar la mañana, y al que tan firme os adora...

=¿Tan tarde es? =Así lo creo.

=¿Ois?... Las doce. =No hay duda: pero en mi engaño me escuda

Porque sois bella os adoro, y aunque por tal no os amára, os juro que no faltára á la cita por decoro.

=Dijisteis, joven, muy bien. Sois curioso y sois amante y estais ansiando anhelante saber mi objeto tambien.

Bajo á abriros. =Si bajad. (Temo á fé tal entrevista; pero no es bien que resista...)

=Vamos, capitán, entrad,

Dijo, la puerta cerrando; y entre pláticas amantes fueron con pies vacilantes oscuros elanstroscruzando.

Quitóse bata y espuela el joven despues de un rato, ya por espreso mandato, ya por prudente cautela.

Llegó Genaro á temer algun mal de la entrevista, y temblaba ya á la vista de aquel fantástico ser.

Pasaron un corredor

traidoramente alumbrado por un farol ya causado y escaso de resplandor.

Y aquel gran claustro tenía en un rincon una puerta, que al punto miróse abierta por el fatídico guía,

Quitóse su mantellina, ofreció á Genaro asiento, y oculta por un momento estuvo tras la cortina.

=Acercaos, exclamó, á mi alcoba sin reparo. Dudó un instante Genaro, despues de dudar entró.

=¡¡ Vos le matasteis! =Callad.

=¡ Villana, me habeis vendido!

=Para esto no os he traído: me habeis de ayudar. =Piedad!

=No la temré de vos yo si antes fiel no prometeis que tierra á este hombre dareis, pues mi puñal lo mató,

=Y yo he de encubrir.. =Vos, sí Estas dos pistolas tengo, para vos una prevengo, y otra despues para mí.

El casco y espada á un lado Dejadla apuí... Bien... entremos y este cadáver llevemos á un sepulcro ya empezado.

Salieron del aposento por una escalera oscura, lleno el uno de amargura, llena la otra de contento.

Y á poco ambos de salir con el muerto se encontraron en un jardin donde hallaron un sepulcro á medio abrir.

La luna entonces brillaba con resplandor macilento y su celage sangriento

su justo enojo abonaba.

Y las estrellas de horror
dudaban entre ocultarse
ó del cielo desplomarse
sobre el fiero matador.

Y en su rara brillantez
su irritación demostraban.
Dijérase que bajaban
á hacer justicia una vez

Y á la luz resplandeciente
de la luna silenciosa
cabóse la oscura fosa
de una víctima inocente.

Y fué por fin consumado
tan fiero y atroz delito,
quedando en el cielo escrito
tan criminal atentado.

=Cual pude os serví, señora,
dijo á la monja Genaro;
y puesto que os di mi amparo,
dejadme marchar ahora.

=Venid: que ingrata no soy
con tan noble caballero.

=Permitidme... =No: no quiero.

=Me esperan afuera: voy.

=Porque os pude yo obligar
servisteis á vuestra amiga,
pero esa excusa me obliga
de las pistolas á usar.

Mi deuda debo cumplir,
pues vos cumplisteis la vuestra:
quieroos dar hoy una muestra
de que os supe distinguir.

Subid y refrescaremos.
=No me es posible; otro día.

=Os mato por vida mía.

=Si os empñáis, subiremos.

La monja un postigo abrió,
y el oficial aterrado
seguráta, desarmado
hasta que al cuarto llegó.

Allí de varios licores
fue servido el oficial
por la monja criminal
reina antes de sus amores.

Y en tanto estaban los dos
en vil y profana orgía
una víctima yacia
rindiendo cuenta á su Dios!

Y el culpado se gozaba
con tan atroz pensamiento
y en fiero contentamiento
su delito consumaba.

¡A bien que hay un tribuna
justiciero mas que aqueste:
y en la balanza celeste
pesa Dios el bien y el mal!

Que fuera asaz horroroso
dejar el hombre entregado
al capricho despiadado
del mas fuerte ó poderoso.

Por eso el que á hierro mata,
á hierro es justo que muera.
que para huir no hay manera
la ley aunque se combata.

Por eso aquella nanger
de un infeliz matadora
si en este mundo no llora
en otro ha de padecer.

Porque Dios una ley dá,
y esta ley nunca se muda,
que ni el trono al rey escuda,
ni el ser rey le eximirá.

El vaso hasta el fondo apura,
apúralo hasta las heces,
porque has de llorar mil veces
tu crimen, monja perjura.

VI.

¿=Y el vaso aceptaste? =Si.
=Gran Dios! ¿qué hiciste? =No sé:
resistí me Luis en vano:
mas hube al fin de beber

—Una idea me devora.
 —¡Cómo! —no me atrevo.—Ven.
 —Pero qué! cuales presajios
 en esta entrevista vés?
 ¡Temas por mí ¡Me ha forzado.
 ¡Fuera sino cruel
 —No me comprendes, Genaro.
 ¡No advertiste la doblez
 con que el vaso te ofrecía
 aquella horrible mujer?
 No era convite, no obsequio:
 no por apagar tu sed
 sirvióte la inicua monja
 los vinos con buena fe.
 —¡Oh qué horror! tu fiel presagio
 ya he penetrado tambien.
 —Sí, Genaro, tú debiste
 morir antes que beber,
 porque un testigo de menos
 necesitaba la infiel.
 ¡Y tú la víctima fuiste...!
 pero... calla... vamos... ven:
 tal vez remedio encontremos
 y un momento es de interes
 cuando tal vez pocos restan...
 —Para morir: ya lo sé.
 —No temas: aun es posible
 remedio hallar esta vez,
 Corramos... —¡Ah!.. ya no puedo...
 ¡que sudor!... muero... ¿no vés?
 —Calla, calla! me destrozas!
 —Tú me abandonas tambien.
 —No, no, amigo.—Muero ¡ay Dios!
 ¿Y es mi mortal palidez?
 —Un baido —que á la muerte....
 —Genaro! —A Dios... llorame.
 Muerto está: por vida mia
 muerte vengada ha de ser:
 que si acá abajo no hay leyes
 alla arriba hay una ley.

CONCLUSION.

Y no hubo en el mundo ni le-
 yes ni jueces
 y el hórrido crimen impune quedó,
 quedó sin castigo cual queda mil veces
 y al misero muerto la ley no vengó.

En vano el amigo justicia pedía;
 en vano en las leyes fíaba tenaz;
 la santa balanza vencida caía
 quizás escudada con sacro antifaz.

El muerto en el polvo quedó se-
 pultado:
 la monja ostentando su hipócrita fé.
 El sincero amigo lloró despechado
 y el muerto inocente vengado no fué

ADVERTENCIA.

Siendo nuestro animo ha-
 cer en el próximo número un
 examen analítico de las bellezas, de
 los rasgos dramáticos y del patrio-
 tismo que encierra el *Inglar*, no
 estrañaran nuestros lectores que
 solo hagamos ahora mencion de
 él por desaogarnos algun tanto
 de los descos que teniamos de
 manifestar nuestra opinion acer-
 ca del mérito de la obra. Si
 se examina la valentia, fuego, y
 gallardia que reinan en sus pen-
 samientos; si se atiende al modo
 con que esta desenvuelta la idea
 principal del poeta; si se considera
 enfin en todo su conjunto, el *In-
 glar* quizá es sin igual en su clase.
 El público llamó al autor á la escena
 do recibió los aplausos de-bidos
 al genio.